

860-6 (866)
6314

JORGE CARRERA ANDRADE

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
LIBROS
EXPOSICION PERMANENTE
QUITO - ECUADOR

Cartas
de
un
Emigrado

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
Nº 9447 AÑO 1993
PRECIO DONACION

004088-J.
EDITORIAL ELAN

Es propiedad del autor.

QUITO
TIP. FERNANDEZ
1933

Yo soy un andícola empedernido: siento la tierra en lo profundo de mi ser. Es sabido que quien vió una vez los Andes—esas penínsulas del cielo—conserva su imagen en la mente durante toda la vida. Como el caracol que lleva su casa auestas, yo llevo conmigo mi paisaje andino por donde quiera que vaya.

Nadie dió contra mí orden de destierro en el Ecuador. Nadie me compelió a que abandonara el suelo de mis mayores; pero se había levantado una valla de hierro en torno de la vida intelectual, un peso opresor gravitaba sobre las conciencias y todo propósito de mejoramiento moría asfixiado en un ambiente en que dictaban su voluntad los mediocres y en que un Gobierno incomprensivo trataba de poner camisa de fuerza al talento. La emigración se imponía por una razón de salud espiritual.

Sin embargo de que cielos, mares y climas diferentes me han dejado su marca de sol y sal cósmica, y de que ciudades y puertos distintos han disuelto una parte de mí mismo en su rumor de acero y hierro, no he perdido mi cimiento ecuatoriano y, por el contrario, la soterrada

voz hecha de lamento indígena, de Sierra y de vida sencilla, ha multiplicado en lo más hondo de mí su patético balbuceo. He seguido con afán los sucesos de mi tierra, y si bien es cierto que la política no es como la «música que se oye y comprende mejor desde lejos», por lo menos me ha llegado su eco tardío que ha suscitado en mí una íntima resonancia. Estas cartas—ecos de ecos—fueron enviadas en su debido tiempo a un diario de Quito. Yo las hubiera dejado en esa especie de ineditismo que es la publicación en la prensa periódica, si no fueran ellas las primeras de una serie que me propongo escribir sobre política ecuatoriana y sobre otras cosas, sin esquivar el ataque a fondo cuando sea necesario y el franco descorrer de velos cuando sea menester hacer luz. Que no se apliquen al intelectual ecuatoriano estas frases de Diego Ruiz, el filósofo de la revolución española: «El intelectual es un desertor. Los escritores de la hora son, en la defensa de las flores, prolijos hasta lo nauseante; en la defensa del trabajo, mudos».

J. C. A.

San Feliú de Guixols, 1932.

Gerardo (España)



San Feliú de Guixols. 10 de Octubre de 1932

Señor Don MANUEL LOZANO

Quito.

Mi buen amigo:

Sinceramente le agradezco por el envío de un paquete de periódicos, correspondientes a la «semana trágica» quiteña, en que se narran los episodios de la revuelta militar-latifundista y los sucesos políticos posteriores. No puede usted imaginarse con que febril angustia he leído y releído esos periódicos, con qué emoción he ido reconstruyendo mentalmente las diversas fases de la lucha armada en que se jugaba nada menos que el destino futuro del país. He recorrido con la imaginación, palmo a palmo, la zona del Batán, del Ichimbía, la Estación del Sur, el Panecillo—cerro histórico que se levanta como un símbolo de la tradición indígena sobre el cielo de Quito—, la Avenida «Veinticuatro de Mayo» que a pesar de su nombre moderno vé todavía ambular sombras semejanter a esas que Montalvo sorprendió un día en la quebrada de Jerusalén, todas las calles y plazas, en fin, que fueron teatro de estupendas hazañas y donde se vertió a torrentes la sangre del proletariado quiteño, sacrificado por los gamonales de la Sierra, sus amos de siempre.

Doloroso es constatar que en el Ecuador todo pasa al revés de lo que sucede en el resto del mun-

do. Mientras en los demás países el proletariado se bate y muere por su emancipación económica, entre nosotros derrama su sangre por remachar las cadenas de su esclavitud. La historia de nuestra lucha social comienza con este funesto error de las clases populares. Hace unos sesenta años, como usted sabe, también se levantó en Europa una ciudad en armas; pero fue contra la explotación capitalista. Me refiero a la Comuna de París. Nosotros hemos tenido ahora nuestra *comuna a la inversa*, dirigida por frailes y *señoritos*.

Es un cuadro que nos pone un nudo en la garganta, ese de los infelices peones de las haciendas, de los obreros oscuros y oficiales de taller, manejando torpemente un fusil, frente a las ametralladoras despiadadas que los segaban como la hoz que corta la alfalfa. ¿Por qué se batían esos hombres? ¿Qué les habían dicho a esos desgraciados? La ignorancia es terrible cosa, y los que se aprovechan de ella son seres perversos, sin entrañas. La Patria y la Religión están en peligro! les habían dicho a los peones, a los obreros crédulos de las cofradías católicas. La Constitución ha sido despedazada! ¡El comunismo vá a acabar con nuestros hogares y nuestras propiedades! ¡Quito va a caer en manos de los bárbaros! Y hélos aquí convertidos en lobos, en siniestros héroes, a los infelices trabajadores del campo y de la ciudad. Y los que los aconsejaban eran nada menos que los *honrados* patricios, los frailes, las encopetadas y linajudas damas y sobre todo algunos senadores y diputados que, abusando de su inmunidad, atizaban la hoguera y organizaban la revuelta con un cinismo desconcertante. Llegaron estos «representantes del pueblo» hasta a atentar contra la majestad del mismo Congreso, reuniéndolo por la fuerza, con una mayoría adicta, falsificando así las funciones legis-

lativas. Mientras unos congresistas, al frente de pelotones de tropa, dictaban órdenes, otros libraban la batalla oral en las Cámaras o andaban en comisiones y parlamentos con las fuerzas enemigas. Despejado el humo de los combates, enterradas las numerosas víctimas y curándose ya los heridos en los hospitales, estos dignos representantes, como si no hubiera pasado nada, siguen ocupando tranquilamente su curul legislativa, percibiendo sus crecidos emolumentos y desafiando a diario a las barras congresales, al pueblo y a la nación entera.

Nó; no son los obreros y soldados los culpables de la insurrección tremenda. Ellos son sólo «la eterna carne de cañón», los servidores ignaros que, cuando despierten del largo sueño de su inteligencia, irán a formar en las filas de la verdadera revolución, poniéndose al lado de todos los explotados del Ecuador contra sus explotadores que son: el Gamonalismo (grandes hacendados, políticos del viejo tiempo, banqueros, etc.) y el Clericalismo, aliado de los ricos. Los principales culpables son los diputados y senadores que suscribieron el célebre manifiesto de protesta contra el Congreso, diciendo que «se había roto la Constitución». Ese manifiesto le abrió un nuevo horizonte al bonifacismo, descalabrado por la descalificación de su caudillo (¿caudillo el que desató las fuerzas y luego se escondió bajo su caparazón?) y sirvió de pretexto absurdo a los soldados de la guarnición de Quito, para su injustificable levantamiento. Culpable es también ese grupo de logreros (antiguos diplomáticos sin colocación, pseudoaristócratas sin oficio ni beneficio) que tomó desde el primer instante la dirección del movimiento. Los de *la defensa de Quito* son también grandes responsables, porque esa defensa se la hacía contra el régimen (¿No hay ningún castigo para los que hacen

armas contra el Gobierno, señor Comandante de las fuerzas insurreccionadas?). Y, en primer término, la sombra fatídica es la de Bonifaz, el hombre «sin patria» que se cambia de nacionalidad como de vestido y cuya aparición en la política ecuatoriana la debemos a su buen amigo, el rico diplomático y antiguo conocido de los «camelots du roi», don Gonzalo Zaldumbide, y al despreocupado doctor Ayora. Hasta hoy no sabemos que se haya tomado ninguna providencia contra Bonifaz, Freile Larrea, los jefes de la «Compactación Obrera» y de la «Unión Patriótica», los militares de la resistencia y los congresistas que todo el mundo sabe alentaron la revuelta; pero por lo menos sus nombres no deben borrarse nunca de la memoria del pueblo ecuatoriano.

Es una época de confusionismo esta por la que atraviesa el Ecuador, mi querido amigo. Hay como un delirio de falsificación, de simulación. Los elementos de la vieja política hablan de la «necesidad de las reformas sociales», de la «nueva organización política del Estado», porque saben que esta es su mejor plataforma en estos momentos y con estos rótulos pueden seguir gozando de los puestos que ocupan desde hace muchos años. Conocidos conservadores se llaman *izquierdistas* para aprovechar de la nueva situación o para efectuar una labor de espionaje dentro de los partidos avanzados, y hasta he visto a dos jóvenes católicos figurar como Secretarios de la «Concentración liberal socialista». Por su parte, los hombres de la derecha monopolizan el calificativo de «honrados» y usan de la más fina intriga—procedimiento conocido de los jesuitas—para minar las instituciones y apoderarse del Poder. No les importa a los siervos de Cristo—y de la gleba—usar de cualquier disfraz con tal de conseguir su propósito: ayer «curuchupas», hoy «compactados»,

mañana.....? Ese confusionismo, esa tergiversación de los hechos y de las cosas ha llegado hasta el punto de echar la culpa a los izquierdistas de los sangrientos sucesos últimos. ¿Por qué dirá usted? Pues, porque con su propaganda revolucionaria alarmaron a la católica, pacífica y honrada población de Quito....

Mientras tanto, el Gobierno, integrado por «hombres nuevos» no se coloca a la altura de este momento histórico y deja pasar una magnífica ocasión para abordar trascendentales problemas, como son la nacionalización del Clero y la confiscación del latifundismo insurrecto. No necesitamos sólo declaraciones de socialismo, de parte de los Ministros sino hechos que nos demuestren francamente la orientación gubernamental. Hace falta en el Ecuador un Azaña, el «cirujano de hierro» para usar una frase de Joaquín Costa, que realice entre nosotros valientemente lo que el político castellano está llevando a cabo dentro de la República española. La reforma agraria de España es una de las más avanzadas de Europa, la reforma militar ha atraído la atención de todo el mundo, el problema educacional es comparable al de Rusia, al de Alemania o al de México, pues consulta la incorporación del campesinado a la vida nacional por medio de las Misiones Pedagógicas y las Escuelas Rurales, y la cuestión religiosa ha tenido una solución radical que ha dado un lugar preferente a España en el panorama político europeo de hoy. MAS DECISION, hay que decirles a los señores del Gobierno, más amor al ideal nuestro, que un momento de flaqueza de nuestra parte, es una victoria más del enemigo.

En su última carta me dice que están tratando ustedes de organizar el Partido Socialista Ecuatoriano para las futuras elecciones de Presidente de la República. Le felicito de corazón. Ya era tiempo. El

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
 LIBROS ECUATORIANOS
 EXPOSICION PERMANENTE
 QUITO

Partido Socialista ha estado organizado varias veces y se ha desorganizado por falta de un elemento aglutinante—digámoslo así—que mantuviera la unión y la alta temperatura de fervor moral de todos sus componentes. A raíz del 9 de Julio de 1925, el Partido estuvo floreciente y llegó a celebrar una Asamblea de resonancias magníficas en la juventud de todo el país. Mas, a poco, sus hombres se desviaron, unos hacia el comunismo y otros hacia el oportunismo. Algunos quedaron, sin embargo, aislados, combatidos; pero firmes. El Partido Socialista debe empezar por hacer justicia a esos hombres, y debe poner mayor empeño en la aceptación de elementos recién llegados que no acuden sino al olor de la presa.

En la hora presente no existen partidos políticos organizados en el Ecuador. La organización socialista es la mejor, a pesar de sus deficiencias. El Partido Liberal busca puntales que le afiancen en la opinión. El Partido Conservador ensaya todos los disfraces, y el reducidísimo Partido Comunista incurre en contradicciones fundamentales entre su doctrina y su modo de proceder, como lo ha demostrado últimamente con la postulación de un elemento de su seno para la Presidencia de la República. ¿Cómo se entiende que el comunismo que hace la crítica de las instituciones democráticas y lucha por el derrumbamiento del Estado burgués, trabaje al mismo tiempo por un *compañero* para sentarlo en el solio de ese Estado? ¿Ganaría algo la doctrina con que una República atrasada tuviera un Presidente comunista? Nada en lo absoluto, pues el magistrado y su pequeño grupo tendrían que ejercer una dictadura—muy diferente por cierto a la dictadura del proletariado—de efectos contraproducentes. El comunismo debe ser un partido de clase, de masas, un partido del porvenir y no un club electoral para conseguir venta-

jas inmediatas. Solicitar los votos de los adversarios tradicionales para subir pacíficamente a la Presidencia de la República burguesa, o por lo menos para dividir al Partido Socialista que es al que le toca la lucha en esta hora—porque es la brigada de choque de la Revolución Social—es muy poco marxista, camaradas.....

No quiero extenderme más por hoy, y con un abrazo me despido hasta la próxima.

San Feliú de Guixols, 27 de Octubre de 1932

Señor Don MANUEL LOZANO

Quito.

Mi querido amigo:

No conocía los propósitos educacionales del Dr. Benjamín Carrión; pero estas declaraciones del Ministro a la prensa—que usted ha tenido la bondad de remitirme—son altamente significativas. Por fin nos vamos saliendo del marco antiguo, de las viejas normas. Hasta ahora se creía que la labor del Ministro de Educación debía reducirse a construcciones escolares, a programas de enseñanza, a selección del Magisterio, o sea solamente a la buena marcha del ramo. Y nada de iniciativa. Y nada de imaginación constructora, que tanta falta nos hace. Mas, viene el Dr. Carrión con los ojos llenos del espectáculo europeo, con los oídos resonantes aún de ecos universales, con la mente despejada por el contacto con los hombres y los libros nuevos, con el corazón palpitando al compás de las doctrinas de nuestro tiempo y traza un plan de educación que alcanza hasta la entraña misma de los grandes problemas nacionales, como son la incorporación de la clase indígena a la vida civilizada y la necesidad de crear una cultura ecuatoriana, sólida y bien dirigida.

Bibliotecas y más bibliotecas: esta es la palabra de orden. Libros y más libros. Hasta en las pequeñas

poblaciones, hasta en los campos. Bibliotecas en los parques de las ciudades, es una idea en verdad hermosa. Un pequeño anaquel de libros—al cuidado del guardián del parque—junto a unos bancos rústicos, en un rincón apacible donde no se oye sino el susurrante diálogo de la fuente y los árboles, serviría para culturizar al pueblo con mayor eficacia que esas grandes bibliotecas claustales e incómodas, sin luz y sin aire, muy poco propicias para el vuelo de la imaginación. Nuestra raza es perezosa, de inclinaciones poéticas, y poco amiga del orden inflexible, y hay que saber aprovechar prudentemente de su carácter. Hagamos fecundo el ocio del «hombre del parque» con un libro que esté al alcance de sus manos. Opongamos la lectura meditativa al corrillo bullicioso y estéril.

En las poblaciones rurales, en los villorrios, en los predios, allí donde hay una escuela debe haber también una biblioteca, sea diurna o nocturna. Esta luz en el poblacho contrarrestará la influencia del púlpito, única fuente cultural en la vida campesina. El hombre del pueblo ama a su manera la cultura, y por eso muchas veces sigue a la Iglesia, que es la que le ha dado por lo menos una concepción del mundo y una idea del bien y del mal. El liberalismo en los años de su dominación, debía haberse preocupado de extirpar el morbo clerical en los campos, extendiendo por todas partes el espíritu laico, combatiendo a la ignorancia con ejércitos de libros; mas no lo ha hecho y esta es la tarea ahora del Socialismo. Dejemos ya de calumniar a esa doctrina justiciera que está derramando la luz a torrentes sobre el mundo. El Socialismo ha sembrado Europa de bibliotecas para obreros, de Ateneos populares, y actualmente está creando en España las Misiones culturales y los Museos Ambulantes que van de pueblo en pueblo

exhibiendo y explicando las obras maestras del arte español. En Rusia—a la que se pinta sin razón como una víctima del *salvajismo bolchevique*—se ha implantado esa magnífica institución que se llama «la isba de lectura» hasta en las más ínfimas aldeas y en los caseríos más apartados. Las «isbas de lectura» son modestas chozas cubiertas de paja, como las de nuestra Sierra, en las que se encuentra buen número de libros y periódicos, constituyendo una pequeña biblioteca del Estado que está a disposición de todo el mundo. Además funciona allí un aparato de radio, por el que se transmiten desde la capital verdaderos cursos de varias materias, y en especial conferencias de agricultura sobre selección de semillas, modos de sembrar, etc.

Imaginación y gran acopio de conocimientos se necesitan para abordar el problema esencial de la educación del pueblo ecuatoriano, sobre todo de la clase indígena que constituye el cimiento de ese pueblo. Clase, dije, y más bien debo decir *subclase*, inferior aún al proletariado por sus condiciones de vida. Los indios nuestros son unos como parias de Occidente, los «intocables» que no sirven sino para bestias de carga y que no tienen otro bien que su esqueleto miserable y su dolor de siglos. Ni sociedad, ni derechos, ni propiedades, ni patria mismo, nada poseen. Casi ni idioma tienen. Son restos de una civilización destruída por los conquistadores españoles, las últimas ruinas de una raza, lamentables despojos que viven una vida puramente animal, mientras la muerte les acecha desde las bayonetas agudas del páramo—*la papacara*—o desde las más frías aún de los soldados de los gobiernos conservadores o liberales. Indios: desventurados seres eternamente ofendidos y humillados, reos castigados sin culpa, fieras inocentes, rebaño sin abrigo y sin guía, sombras de

hombres, niños de la tierra: imposible hablar de vosotros sin que se humedezcan nuestros párpados y oprima nuestro pecho una montaña de angustia.

Aquí, en esta aldea de San Feliú de Guixols, a la hora en que cesan de *fumar* (en el sentido que le dan los franceses a este vocablo) las chimeneas de las fábricas y empiezan a iluminarse las entrañas de los figones con sus mesas acogedoras y sus manteles limpios, contemplo vivir unos momentos al proletariado español. El proletario tiene un *mono* azul—un overall—para trabajar en la fábrica y un buen vestido para salir a la calle. Calza alpargatas (los domingos, zapatos). Come carne y pescado. Bebe vino. Tiene una libreta de ahorros. Le protege el Sindicato. Hay para él teatros y cines a la mitad de precio. Asiste a conferencias gratuitas las noches en el Ateneo popular.....

Un grupo de obreros ha venido a sentarse a la mesa del figón. Circulan de mano en mano periódicos españoles y franceses. Viandas humeantes cubren el mantel y un *porrón* (1) de vino tinto refresca las gargantas. Alguien habla del «programa de reivindicaciones futuras del proletariado español». ¿Qué le parece, mi querido amigo? Compare este proletariado con nuestras masas de indígenas del Ecuador. El indio no tiene casi vestido, no sabe leer, duerme en el suelo, come muy pocas veces carne y casi nunca huevos—jamás pescado—. Ya sabe usted qué es lo que come y lo que bebe: Maíz tostado, algunas legumbres cocidas, patatas, inocente *chicha*. Luego viene el aguardiente a suplir lo pobre de la alimentación. ¡Y se condena al Socialismo que quiere convertir a estos infelices en hombres! Bienvenido el socialismo que quiere proteger a los indefensos, vestir a los desnudos, ense-

(1) Garrafa de doble gollete que se usa en Cataluña.

ñar a los que no saben, cumpliendo así las obras de misericordia olvidadas hasta por los mismos católicos! Los indios, convertidos en hombres civilizados darían un impulso formidable a nuestra nacionalidad.

En todos los países de América donde existe el factor indígena, se ha dictado ya una legislatura pertinente con miras al porvenir. En otras partes, los partidos políticos de avanzada organizan las masas aborígenes, siguiendo un método científico, marxista. En el Perú, el *Aprismo* (1) tiene en pie toda la Sierra del sur, llamando grandemente la atención de todos la disciplina y el espíritu de sacrificio de las huestes indias. En Bolivia, el Gobierno es como el tutor de la población indígena, a la que considera dentro de la menor edad. En México—laboratorio de la nueva civilización indoamericana—es donde se ha llevado a buen término un plan más acertado de incorporación de la clase indígena a la vida nacional. Las Misiones de maestros, las escuelas de pintura al aire libre, las escuelas de cerámica típica, la educación rural en que cooperan igualmente la clase y el taller, son ejemplos singulares para nosotros. Y no quiero decir que debemos imitar lo de fuera, sino que podemos aprovechar lo bueno de todas partes que, al fin y al cabo, de algo sirve la experiencia humana.

Vuelvo a decirle, mi querido amigo, como vengo repitiéndole desde hace muchos años: la República no ha hecho nada por los indios ecuatorianos. En un siglo apenas ha cambiado su condición. Antes eran sus protectores naturales los misioneros que consiguieron siquiera alguna ventaja en la Legislación de Indias. Hoy el indio es libre; pero sólo no-

(1) Partido organizado por el grupo «Apra» que quiere decir: Alianza Popular Revolucionaria Americana.

minalmente. Cuando era siervo, el amo estaba obligado a cuidar de él. Ahora es libre de morirse o no de hambre; nadie le extiende su mano protectora; nadie levantar una voz en su defensa. Sólo dejando nuestra cárcel de montañas y saliendo a respirar el aire del mundo, se comprende en toda su magnitud el drama de la raza indígena y la misión del nuevo Ecuador. Le corresponde al Socialismo corregir el error de los partidos históricos y salir por los fueros de este gran pedazo de la patria que vegeta en la miseria y en la oscuridad.

Veo con mucha complacencia que los elementos más preparados de la juventud pertenecen al Socialismo y que su actuación política se mantiene en un clima puro y elevado. La actitud del doctor Carlos Zambrano, al frente del Ministerio de Gobierno, es sencillamente ejemplar. Mas debo decirle con toda franqueza que el Socialismo no debía aceptar la cooperación en un Gobierno interino, de misión netamente electoral. El riesgo que corre la nueva doctrina es inmenso, pues no teniendo posibilidad para llevar a la práctica una parte mínima por lo menos de su programa—por la escasez de tiempo y la oposición en el seno mismo del Gabinete, dada la diversidad de tendencias políticas de los elementos gubernamentales—, puede sobrevenir la desconfianza de las clases populares y el aislamiento del Partido naciente. O, usando de una diáfana sinceridad política, los Ministros socialistas debían poner en juego todas sus influencias para conseguir una elección favorable a su credo social....

Nada más por hoy. No me tenga mucho tiempo sin sus noticias.

San Feliú de Guixols, 2 de Noviembre de 1933

Señor don MANUEL LOZANO

Quito

Mi buen amigo:

Noviembre no sólo es el mes otoñal sino el mes de la superstición, del culto a los muertos. Aquí en este poblacho—como en la última de las aldeas americanas—las familias organizan su paseo anual al cementerio; mas no a derramar lágrimas de sincero dolor, sino a lucir sus vestidos nuevos y a consumir los tradicionales *panellets* o castañas de azúcar. Esta «fiesta de los difuntos» tiene un sabor de barbarie que repugna a los hombres civilizados. ¡Qué sedimento de siglos, qué fango de edades primitivas van dejando las aguas del tiempo! El oscuro río del Pasado corre hacia atrás, sembrando toda la vasta tierra con sus despojos. Uno de éstos—que conservamos religiosamente los hombres de todas las razas—es la superstición. Supersticiosos son los indios de nuestras patrias americanas y supersticiosos los negros al igual que los blancos de la culta y refinada Europa. Se rompe un espejo en la habita-

ción de una chulla quitada como en la alcoba de una costurerita de Montparnasse, y este hecho constituye un presagio de desdichas próximas. Igualmente para el francés la araña en una especie de mensajera de pesares y alegrías domésticas: «Arag-né du soir, espoir», dice. ¿Y en España, mi amigo Lozano, en España? ¿Se derrama el vino sobre el mantel? Pues hay que hacerlo inmediatamente la señal de la cruz sobre la coronilla con el líquido derramado. ¿Se pronuncia inadvertidamente la palabra *culebra* en el curso de la conversación? Debe decirse enseguida, en voz alta, por tres veces: lagarto, lagarto, lagarto. Se vuelca el salero en la mesa: rifa segura. Un billete de tranvía cuyo número de orden principia y acaba casualmente por la misma cifra: es un *capitán* y trae la buena suerte... Así hay infinitas potencias ocultas, pequeños dioses que disponen a su antojo, en todo momento, de los destinos de los hombres. La Iglesia católica, en lugar de combatir estas supersticiones, las fomenta y multiplica con otras nuevas, de tal modo que el pueblo español vive todavía de bruceos contra la tiniebla. La República ha encendido una luz y es de esperar que dentro de poco todo sea claridad de mediodía.

Contrastando con esta multitud que va cargada de provisiones a la ciudad de los muertos, por las dormidas calles de San Feliú, se puede ver aquí y allá algunos grupos de hombres que discuten y leen en voz alta los periódicos republicanos. «Herriot en España», «La estancia en Madrid del Jefe del Gobierno francés», «El Presidente Herriot, uno de los grandes caudillos de la paz de Europa, trae a la República española el mensaje de fraternidad de Francia», tales son más o menos los títulos que exhiben en la primera plana los diarios «El Sol», «El Libe-

ral», «Luz» y otros. M. Eduardo Herriot, el alma del radical-socialismo francés, es una de las figuras representativas de Europa y uno de los hombres más populares de este tiempo. Grandes ovaciones le han tributado las masas obreras a su paso; homenaje merecido por otra parte a este pacificador e insigne político a la nueva usanza. Herriot «el silencioso» como le llama el periodista Marcel Ray, ha visitado Aranjuez y Toledo y se ha emocionado en la Posada de la Sangre, en la Sinagoga y en la Casa del Greco. En este último sitio ha dado pruebas del notable espíritu de análisis que posee, al decir del inmortal pintor: «No hay duda que el Greco a su exaltación imaginativa debió de unir una aberración de la vista que le hacía ver todo en el sentido de la longitud y de ahí sus figuras alargadas fuera de la medida». Monsieur Herriot ha ido también a pasmarse ante el Escorial, «esa arquitectura que es como una «Oración fúnebre» de Bossuet o como un inciso en piedra del «Discurso de la Historia Universal». Allí el visitante ha pronunciado palabras de recogimiento y de profundo significado estético. Porque Herriot no sólo es el tipo del «francés medio» que se nutre de buey con zanahorias (¿verdad, José Plá?), sino la encarnación del francés universal que siente con intensidad lo poético y comprende la intención más secreta.

Pero el pueblo español no le ha aplaudido al viajero inteligente, ni al fumador de pipa ni bebedor de vino blanco en cierta taberna de la plaza Terraux de Lyon, sino al iniciador de los tres magníficos convenios de reciprocidad respecto al régimen del trabajo y de asistencia social de los obreros franceses y españoles, que acaba de firmar el Jefe del Gobierno, Don Manuel Azaña. Las clases trabajadoras de todo el mundo tienen en Eduardo

Herriot uno de sus más firmes defensores, sin exaltaciones mesiánicas y con un sentido incomparable de la realidad política de esta hora. No es de los que dá ciegamente un paso adelante, para verse obligado luego a dar dos hacia atrás.

Volvía yo las hojas del periódico buscando más noticias del viaje de Herriot por España, cuando mis ojos fueron a dar sobre esta información cablegráfica que tuvo la virtud de conmoverme: «ELECCIONES EN EL ECUADOR.—Juan de Dios Martínez ha obtenido treinta y dos mil votos para Presidente de la República y se posesionará de su cargo el mes de diciembre. La enérgica acción del Gobierno ha permitido contener dos movimientos revolucionarios, uno a favor del Coronel Larrea Alba y otro promovido por el elemento conservador. Larrea Alba ha huído a Riobamba, parte de cuya guarnición dicese que simpatizaba con el movimiento. La oficialidad ha sido arrestada y traída a Quito».

Es decir que, en resumidas cuentas, han sido derrotadas las derechas y las izquierdas y se ha impuesto una tendencia *centrista* que es la que representa de modo más directo a nuestro capitalismo incipiente y a las fuerzas apolíticas del país. Tenía que ser así. El socialismo ecuatoriano no cuenta todavía con el número y por lo tanto no es una fuerza electoral. Es una minoría, hay que confesarlo, y todos sus procedimientos políticos deben ceñirse a esta realidad. La mayoría está integrada por las masas de indios que ocedecen al cura, al gamonal y al Teniente Político; por los obreros católicos; por las mujeres que no tienen otra instrucción que la que reciben en los colegios de monjas; por los comerciantes nacionales (y también extranjeros que ponen en juego su influencia social y económica para la exaltación de un Gobierno de orientación an-

tisocialista); por los grandes y pequeños propietarios; por los soldados que votan con el pueblo católico y por todos los elementos políticos interesados en que el actual estado de cosas se perpetúe. El Socialismo ha reunido en sus filas, es verdad, a lo mejor del país, a los hombres más preparados, a la juventud estudiosa y dinámica; pero esto no es suficiente. Las fuerzas que actúan en la vida social no son las de la cultura. La lección de Octubre debe servirle al Socialismo ecuatoriano para el futuro, y debe emplear toda su energía en captarse la masa. Sobre todo, debe ejercer su acción en los campos. Nada de política de círculo, ni de componendas con los partidos históricos. El Liberalismo no es un partido disciplinado, y por lo tanto, su apoyo es muy relativo. En las últimas elecciones, a pesar de existir nominalmente una Concentración liberal-radical-socialista que exhibió como candidato a Pablo H. Vela, los liberales han votado por el que mejor les ha parecido, dejando a las izquierdas con un palmo de narices.

El Partido Socialista debe tender ya a una organización seria y eficaz en la etapa política que se avecina. Debe preparar un «estado de conciencia nacional». En Septiembre tuvo el Poder, como si dijéramos en las manos, y no quiso aprovecharse de él, esperando se expresara libremente la voluntad del país. Las elecciones últimas han dado la medida de la temperatura política de nuestro pueblo. El Socialismo tiene todavía por delante un gran campo de lucha; su misión es la de actuar como civilizador y constructor y no debe reparar en ningún sacrificio hasta ver su papel histórico cumplido. La penetración de las ideas nuevas en las diversas capas sociales se está verificando ya insensiblemente, lo que es una gran esperanza para el porvenir; pero tam-

bién se están filtrando algunas «falsas ideas nuevas» o viejas ideas remozadas, como el socialismo católico, el fascismo, etc. La acción social de que hablan los neo-católicos no hace sino retardar las legítimas révindicaciones obreras y crear un confusionismo, un río revuelto en que pescan solamente los pescadores de San Pedro. En cuanto al fascismo está de moda en determinados sectores de nuestra alta burguesía. ¡Son tan simpáticos y elegantes los militares de la Misión Italiana y tan campechano el Ministro, señor conde de Valminuta, que tan destacada actuación tuvo en la revuelta *boni-fascista!* Además los militares ecuatorianos de la última hornada que han ido a estudiar a Italia, se han deslumbrado con la figura del Duce y son entusiastas partidarios del fascismo. Es tan grande la atracción que ejerce Mussolini, que se cuenta que la bella esposa de uno de nuestros prominentes hombres públicos, se estuvo encerrada una hora larga con el adorable monstruo en una de las habitaciones del Quirinal.

Yo tengo una gran fé en lo que se ha dado en llamar «el genio de los pueblos» y creo que el Ecuador se salvará al fin, sacudiéndose tarde o temprano de esas fuerza individualistas que han gobernado hasta hoy y que impiden la libre marcha de la nación hacia el progreso. El Ecuador tiene *tradicción socialista* desde sus orígenes indios. La clase indígena y el mestizaje poseen un verdadero espíritu cooperativo y una cantidad inmensa de entusiasmo. Tode hay que esperar de estas dos virtudes raciales. Las izquierdas no deben desaminarse por la derrota electoral y deben seguir en pie, conquistando palmo a palmo las posiciones del gamonalismo y de las fuerzas cousevadoras del país, atrayéndose a la clase indígena, a los pequeños propietarios campesinos y arrancando a la mujer de las manos de la

Iglesia.^a Ese brillante «estado mayor» que tiene el socialismo ecuatoriano puede financiar perfectamente un periódico de doctrina que oriente a las masas y sea el exponente de la cultura socialista. Acuérdesese, mi querido amigo, cuánto hizo Juan Manuel Lasso desde «Humanidad» y Luis N. Dillon y sus compañeros desde «La Antorcha». Lasso, Pío Jaramillo Alvarado, Carlos Zambrano, Benjamín Carrión, Pablo H. Vela, Luis Larrea Alba, Angel Modesto Paredes, Emilio Uzcátegui, y otros más jóvenes constituyen una magnífica falange que puede llevar a cabo, sin duda, esta obra de preparación ideológica de las clases populares del Ecuador.

Espero que habrá recibido usted la Ley de Reforma Agraria de la República española, que le envié por el correo anterior. No debemos descansar hasta obtener por lo menos una reforma semejante en nuestra patria. Ya le he dicho que el problema de la tierra en Andalucía y en nuestro país es muy parecido, y las soluciones tienen que ser más o menos las mismas.

Hasta la próxima. Reciba un apretón de manos de su amigo.

San Feliú de Guixols, 12 de Noviembre de 1932

Señor don MANUEL LOZANO.

Quito.

Querido y buen amigo:

Su carta última me descifra completamente el misterio del triunfo electoral del señor Martínez Mera. Estas elecciones de 1932 han sido hechas exclusivamente por el Liberalismo. El Partido Socialista se abstuvo de votar y el Partido Conservador no ha podido reponerse aún de su derota, consumada hace dos meses en las calles de Quito. Hablo del Partido Conservador clásico, que ahora hay un Partido Neo-Conservador formado en su mayor parte por jóvenes que prefieren irse con los liberales, siempre que éstos defiendan el derecho de propiedad, la libertad de enseñanza y otras libertades que favorezcan el desarrollo de su ideario, Son unos a manera de *liberales que van a misa*, mientras los liberales ecuatorianos no pasan de ser unos *conservadores que no van a misa*. Conservadores sí, de ideas y sistemas caducos, sobre todo en lo que se refiere a la cuestión social. Así, tienen un común denominador: liberales y neo-conservadores de nuestro país, y es

su respeto irrestricto al derecho de propiedad, sin aceptar siquiera las limitaciones que actualmente le dan casi todos los pueblos de la tierra, en beneficio de la justicia y el equilibrio sociales. El Liberalismo, como defensor romántico que es del «mito de la libertad», ha consagrado entre otras cosas la *libre competencia*, la *libre explotación*, la *gran propiedad individual*, que son las causas principales del injusto y arbitrario orden económico en que vivimos. El Liberalismo no es, pues, un partido de izquierda (salvando su posición frente a la Iglesia). El Radicalismo sí, ya que preconiza las soluciones francas—los cortes de raíz—antiliberales. Dentro de poco, en el Ecuador, como en las otras naciones, no habrá sino dos grandes partidos político-sociales, diferenciados en su concepción del derecho de propiedad: *Individualista*: derecho de uso y abuso—*jus abutendi*—, y *Socialista*: derecho de uso y función social.

El Socialismo, en mi concepto, no debió abstenerse de ir a elecciones, pues la cifra que podía alcanzar en el cómputo general le hubiera servido por lo menos como un censo del partido. ¿Cómo es posible la disciplina si no se sabe las fuerzas con que se cuenta? La lucha electoral hubiera hecho nacer grupos, organizaciones, células aprovechables para la estructuración nacional del Partido Socialista y para su constitución definitiva como fuerza política. Mas, ya está cometida la falta y hay que aceptar la nueva situación. El Socialismo debe ocupar la pausa de tiempo que se avecina en organizarse racionalmente y en formar un frente nacional que exija del Gobierno la reforma. El Socialismo es más fuerte como partido de oposición que como partido gubernamental y puede cumplir su misión en la calle como en el Poder. Es más lógico y natural que sea primero «la voz de la calle» para luego conver-

tirse en «la voz de la nación» que debe hablar desde la primera magistratura del Estado». Esto no quiere decir que si el nuevo Gobierno está resuelto a iniciar la reforma, el Partido Socialista debe negarle su cooperación. Por el contrario, podría ser el orientador y el ejecutor de la obra gubernamental. «Obtener todo lo posible»—que decía Miquel— es una vieja divisa socialista.

La reforma agraria no puede ser aplazada por más tiempo sin traicionar los destinos históricos del Ecuador y la voluntad de una gran parte de nuestro pueblo que quiere sacudir ya ese resto de servidumbre que alienta en los campos. Mas, en el manifiesto del Presidente Electo, no hay nada referente al problema de la tierra y ni se nombra siquiera al indio. Por el contrario, se sostiene que en el Ecuador «el latifundio no tiene la importancia ni la extensión ni el número que en otros países» y, desviando la cuestión, se proclama la constitución de la pequeña propiedad parcelando «una de las tierras del Estado», lo que no beneficia en lo mínimo al proletariado campesino de nuestro país. El latifundio ecuatoriano sí tiene una enorme extensión que sobrepasa al latifundio español—y no digo al de otras naciones europeas, porque allí ya no existe el latifundismo, como puede verse en el libro claro y admirable de Wothers, intitulado «LA REFORMA AGRARIA EN EUROPA» (Editions L'Églantine.—Bruselas), cuya lectura le recomiendo especialmente. En cuanto al número de latifundios, mientras más reducido mejor, ya que facilita más la reforma. El agro español estaba acaparado por algunos grandes propietarios, en determinadas regiones como Andalucía, Extremadura y algunas provincias castellanas, y a pesar de la influencia políti-

ca y el régimen especial (gamonalismo) que trae consigo el latifundio, el Gobierno de la República, ha arremetido valientemente contra él, iniciando la aplicación de la Ley de Reforma Agraria dictada por las Cortes Constituyentes.

La Reforma agraria marca indudablemente una época en la historia de la nueva España. Es el cumplimiento de la promesa republicana, la «democratización» de la tierra que antes era sólo un instrumento de poder en manos del señorío. El latifundio, en lo económico, es correspondiente de la monarquía en lo político, y sus fuerzas se apoyan en una tácita alianza. En nuestra América, el latifundio es un resto colonial, un anacrónico superviviente del régimen monárquico que nos impuso España. No tiene razón de ser en estos tiempos. La tierra no debe permanecer amortizada, cuando los hombres que viven en torno vegetan en el pauperismo. La producción es uno de los secretos de la riqueza y del bienestar general, y es una criminal tolerancia dejar que una de las principales fuentes de producción—la tierra—permanezca estancada, ociosa, muerta. Tenemos una inmediata necesidad de incorporar a la producción las tierras baldías—tengan o no propietario—y los hombres—los indios—que hasta hoy viven al servicio del latifundio o que se refugian en las montañas porque nuestras leyes no les dan garantías de ninguna clase. EDUCACION, TIERRA, TRABAJO necesita el proletariado ecuatoriano. La desamortización de las tierras, el cultivo intensivo en las zonas donde sea posible, la reglamentación del trabajo—previa una estadística—, la creación de un disciplinado magisterio rural, mejoraría de hecho las condiciones del país. Esto es lo que está haciendo España, y lo que han hecho y ha-

cen todos los pueblos que quieren vivir y no dormir en un mortal estatismo.

Acaba de reunirse en Madrid el Congreso de los Trabajadores de la Tierra, con unos 1.450 delegados que representan a 500.000 campesinos socialistas. Este Congreso ha dejado una magnífica impresión por su labor nutrida y certera en todo lo referente a la cuestión social, como contratos de trabajo, crédito agrícola, enseñanza, vivienda e higiene rurales, orientación sindical, arrendamientos colectivos y, sobre todo, legislación social agraria en sus aspectos fundamentales: control obrero, seguro de paro forzoso, seguro de enfermedad, seguro de accidentes, Bolsas del trabajo, retiro obligatorio y seguro de maternidad. Los Trabajadores de la Tierra han declarado que sostendrán la reforma dictada por el Gobierno, porque ella interpreta el anhelo actual del campesinado español.

Pero veamos, aunque sea someramente, en qué consiste la Ley Agraria que han votado las Cortes Constituyentes de España. Ante todo, se crea un Instituto de Reforma Agraria, encargado de la ejecución de la Ley y dotado de personería jurídica y autonomía económica para el cumplimiento de su misión. Este Instituto, estará regido por un Consejo de técnicos agrícolas, juristas, representantes del Crédito agrícola oficial, propietarios, arrendatarios y obreros de la tierra y percibirá una cantidad anual no inferior a 50 millones de pesetas para atender a sus fines. Elaborará, como primera medida, un inventario de los bienes territoriales comprendidos en la reforma. Bajo su jurisdicción se organizarán las Juntas Provinciales agrarias que estarán integradas por un Presidente y por representantes de los trabajadores del campo y de los propietarios en igual número. También estarán bajo la jurisdicción del Instituto

las Comunidades de campesinos y las organizaciones de crédito que se crearen para facilitar a los trabajadores asentados el capital necesario para los gastos de explotación del suelo. Las Juntas Provinciales formarán el Censo de campesinos que puedan ser asentados en cada término municipal, tomando en cuenta especialmente a los proletarios que no labren ni posean porción alguna de tierra, a las sociedades obreras de campesinos, a los propietarios que satisfagan menos de 50 pesetas de contribución anual por tierras cultivadas directamente y a los arrendatarios o aparceros que exploten menos de 10 hectáreas de secano y una de regadío. Las Juntas Provinciales tomarán asimismo posesión de las tierras que hayan de ser objeto de asentamiento, levantando el acta correspondiente, previa citación del propietario.

Serán susceptibles de expropiación las tierras ofrecidas voluntariamente por sus dueños; las adjudicadas al Estado, región, provincia o Municipio, por razón de débito, herencia o legado; las incultas o manifiestamente mal cultivadas en toda aquella porción que, por su fertilidad y favorable situación, permita un cultivo permanente con rendimiento económico superior al actual—previo dictamen técnico reglamentario—; las tierras que constituyeron señoríos jurisdiccionales y que se hayan transmitido hasta llegar a sus actuales dueños por herencia, legado o donación o también por venta con la fórmula «a riesgo y ventura»; las que por las circunstancias de su adquisición, por no ser explotadas directamente por los adquirentes y por las condiciones personales de los mismos, deba presumirse que fueron compradas con fines de especulación o con el único objeto de percibir su renta; las tierras que debiendo haber sido regadas por existir un embalse y establecer la

ley la obligación del riego, no lo hayan sido aún, cuando todas estas circunstancias se acrediten previo informe técnico; las situadas a distancia menor de dos kilómetros de los cascos de los pueblos de menos de 25.000 habitantes de derecho, cuando su propietario posea en el término municipal fincas cuya renta catastral exceda de 1.000 pesetas, etc., etc. (1)

También serán expropiadas las tierras pertenecientes a toda persona natural o jurídica, que excedan al límite de extensión que señalen las Juntas Provinciales dentro de esta norma: En seco: 300 a 600 hectáreas, cuando se trata de tierras dedicadas al cultivo herbáceo en alternativa; 150 a 300 hectáreas (olivares); 100 a 150 hectáreas (terrenos dedicados al cultivo de la vid); 100 a 200 hectáreas (tierras con árboles o arbustos frutales); 400 a 750 hectáreas (dehesas de pasto y labor). En regadío: 10 a 50 hectáreas (terrenos comprendidos en las grandes zonas regables); 300 a 600 hectáreas (fincas de distintas modalidades de cultivos). Todas las expropiaciones se harán con indemnización. Montes del Estado, baldíos y eriales, montes herbáceos, leñosos y maderables de propiedad particular se pondrán al servicio de la reforma agraria, de esta especie de colonización interior que son los asentamientos de campesinos. Los terrenos serán ocupados por grupos de cultivadores, dando preferencia a aquellos «bajo cuya responsabilidad esté constituida una familia». Los secanos se adjudicarán de manera especial a las organizaciones obreras que los solicitaren para los fines de la explotación colectiva. (2)

(1) Información Oficial—Ley Agraria.

(2) Información Oficial—Ley Agraria.



Ya va haciéndose larga esta carta y todavía no he tocado siquiera un montón de apuntes sobre la reforma agraria española, que tengo sobre mi mesa de trabajo. En mi carta próxima, hojeando mis papeles y mis notas, continuaré con el interesantísimo tema que hoy he iniciado, y que es a mi juicio el eje central de cualquier nueva política que se trate de llevar a cabo en el Ecuador.

Un apretón de manos de su amigo.

San Feliú de Guixols, 20 de Noviembre de 1932

Señor don MANUEL LOZANO.

Quito.

Mi querido amigo:

No todo ha de ser política en este mundo, guerra de pasiones e intereses, incansable anhelar, renovada tortura; que de vez en cuando soplan también sobre nuestra frente aires de inesperado frescor, de vital significado. Los cuadros de la naturaleza, la música, la poesía, todas las artes bellas, los buenos libros, los niños, tienen la virtud de derramar como un óleo aquietador sobre nuestro espíritu, preparándonos para los altos pensamientos. Yo les califico de «agentes poéticos» a todos estos seres, a todas estas cosas que nos guían o nos empujan hacia el sentimiento de la belleza, encendiendo momentáneamente en nuestro interior una luz que proyecta nuestros sentidos hacia arriba, como una sombra. Un buen film también puede conducirnos a ese estado de excelstitud, como acabo de experimentarlo con «El Pueblo del Pecado» de Olga Preobraienskaia que he visto en este cine aldeano de San Fe-

liú. Ese magnífico cuadro en que ondula un mar de trigo hasta perderse de vista en el horizonte, me hizo pensar en la falsa afirmación—que está desde hace tiempos de moda—del «hambre rusa» y luego en la lucha social, en la construcción de un mundo nuevo y, por último, en los niños, los únicos depositarios del secreto del porvenir. «Los niños son la sal de la tierra», dijo un gran escritor; mas yo creo que son sobre todo *la presencia del futuro, los ojos del nuevo tiempo, los testigos, los jueces y los embajadores de un mundo con el que no contamos para nuestros actos de hoy; pero que vendrá mañana fatalmente a pedirnos cuentas.*

A la caída de la tarde—después del cine—he ido a sentarme junto a la fuente de piedra que es gala y orgullo del pueblo. Allí estaba con el oído atento a las mil lenguas de agua que murmuran sin descanso en su poético e incomprensible lenguaje, familiar al viento y a los pájaros, cuando irrumpió en la plaza un enjambre de niños de una escuela vecina. Niños sanos, inteligentes, hermosos; niños de todas las clases sociales, sobre todo hijos de las familias obreras, que los ricos ya pueden permitirse el lujo de tener un maestro a domicilio. Ninguno llevaba uniforme; pero sus vestidos eran semejantes y sus pies iban calzados con la misma modestia. Mentalmente comparé a estos niños españoles con los infelices niños de mi país, y me dió vergüenza y tristeza. Necesitamos—me dije—un gobernante de «corazón de madre» que sepa comprender las necesidades de esos pequeños seres y sacrificarse por hacerles alcanzar la situación a que tienen derecho.

Los niños ecuatorianos están casi indefensos ante la vida. El Estado no ha hecho nada por ellos. ¿Dónde están los dispensarios médicos gratuitos para niños, los espectáculos infantiles, las bibliotecas,

los estadios, las asociaciones de niños? ¿Dónde los refugios-talleres para los huérfanos, para los miserables? ¿Dónde la pedagogía de la bondad, de la alegría, del amor? Todavía la mayor parte de la población escolar de Quito sigue asistiendo a las escuelas religiosas, a donde no llega la voz del Estado, y donde se oyen alternativamente los cánticos místicos y el rumor de las azotainas, pues el látigo es uno de los métodos de convicción de la escuela confesional y la «*letra con sangre entra*» una de las máximas de la vieja pedagogía. Quien estas líneas escribe sufrió también cuando escolar el vapuleo injusto de un fantasmón vestido de hábitos mercedarios, y de allí arranca talvez su rebeldía viril que no pide ni da tregua y que ha ido extendiéndose al campo de lo político y de lo económico-social.

¿Y qué decir de los niños de los pueblos, de los caseríos? Alojados en pobres locales sin luz, trabajan como pequeños galeotes. No disponen casi de material escolar ni de libros. Muchas veces no tienen ni bancos dónde sentarse y se arriman contra unos ladrillos o un fragmento de tronco de árbol. Algunos van descalzos. Los más de ellos se cubren con trajes pringosos o harapos grotescos. Si desayunan estos infelices será un poco de agua de canela y un pedazo de algo que se parece al pan. ¡Y se cuenta salvar al Ecuador con estos «hombres del mañana»! No, señores políticos del viejo tiempo, ilustres patriotas, que así estamos matando el porvenir.....

Es mejor no hablar de los niños indígenas. Corremos el riesgo de ponernos a suspirar y de envenenarnos de amargura. Casi sin camino y sin medios de transporte, de las chozas lejanas tienen que ir los pequeños héroes hasta la escuela a recibir el alimento de la cultura. ¿Y las escuelas prediales?

Funcionan en los graneros de las haciendas, en desnudas «mediaguas», en improvisados e inmundos locales. ¿Usted sabe, mi querido amigo, la resistencia que opusieron hace algunos años los propietarios, cuando Don Emilio Uzcátegui—en ese entonces Director de Estudios de Pichincha—les pidió que cumplieran la Ley de 1911 que obligaba a establecer una escuela en los predios donde existiesen veinte o más niños en edad escolar? El Director de Estudios tenía que soportar todos los días los desafíos, los insultos, los ataques de los gamonales que le amenazaban con hacerle destituir por haberse atrevido a enfrentarse con sus orondas personas y reclamarles su contribución a la cultura nacional. Este hecho es digno de figurar en un futuro estudio sobre la «crueldad hispanoamericana». El *longo*—niño indígena—es para el acarreo de agua, para los mandados del patrón, para toda clase de trabajos agrícolas y domésticos; pero no tiene derecho a esas dos cosas sobre las que descansa la vida humana: Pan y Alfabeto. Así el indio, desde pequeño es condenado irremisiblemente a la muerte del espíritu.

Es curioso constatar que no hay ninguna política actual que mire hacia el niño, con excepción de la política soviética y de la fascista, en cierta manera. Ultimamente se ha preocupado también en este sentido el socialismo español. Todos los gobiernos, todos los partidos, no se preocupan sino del presente, de las fuerzas económicas, de las fuerzas *vivas*, de las fuerzas intelectuales, de las instituciones, de la lucha de clases, del obrerismo, del capitalismo, etc. Miran mucho al pasado y se sitúan en la actualidad haciendo un balance de doctrinas; pero no se preocupan en nada del mundo que les ha de sobrevivir: de los niños. Sería interesante un partido político que tratara de preparar un orden

nuevo aleccionando a las falanges infantiles. Si queremos que nuestras conquistas ideológicas arraiguen, si anhelamos preparar un nuevo Ecuador, volvamos nuestros ojos a los niños. Y pidamos para ellos—lo repito—pan y alfabeto. Y trabajemos por una nueva educación en que «ni la culpa, ni la vergüenza, ni el miedo, dominen la vida de los niños», según la certera concepción de Bertrand Russell.

Junto a la fuente de piedra de un Evo ya desaparecido, los niños juegan, cantan canciones del viejo folklore catalán y echan al viento sus adivinanzas poéticas que me dejan pensando:

«Campo blanco,
simiente negra
y cinco bueyes
aran en ella».

Hasta la próxima se despide con un abrazo su amigo.



San Feliú de Guixols, 7 de Diciembre de 1932

Señor don MANUEL LOZANO

Quito

Querido y buen amigo:

Le escribo en la alta noche, mientras el viento afuera mueve los árboles con un rumor semejante al del mar y sacude la ventana de mi habitación. Está la lámpara encendida sobre mi mesa de trabajo y la luz traza un círculo blanco en la pared y va a dar de lleno sobre el rostro alargado y los ralos bigotes de Eugenio de Santa Cruz y Espejo—el más claro y auténtico espejo de la raza—en una vieja oleografía arrancada de alguna revista quiteña. El silencio y la oscuridad se expanden en torno. Me acuerdo de una frase estampada al comienzo de «LES PLAISSIRS ET LES JEUX» de Duhamel: «Algunas veces el silencio parece despertarse un poco, salir de su sueño. Empieza a fluir dulcemente. Parece el aliento mismo del tiempo. Como el agua de un río en los costados de una navecilla anclada, resbala largamente a derecha izquierda de la casa amarrada entre sus árboles. Los soplos de la noche

se apaciguan, el mundo retiene su aliento». El campo es ahora el único sitio donde se puede gozar verdaderamente de este silencio, pues la ciudad moderna es el reino del ruido.

Consulto con atención la nueva ley del agro español, aprobada por 318 votos contra 19 en las Cortes Constituyentes. Supongo que habrá despertado el interés de usted ese esquema de la reforma agraria, que le envié en mi penúltima carta. En pocas líneas trataba allí de encerrar el perfil total, el contorno de la ley y sus características esenciales. Mas, algo quedó postergado voluntariamente, y hoy veo la ocasión de ampliar el escueto esquema anterior, aprovechando de esta soledad y silencio que me circundan. Ante todo, le voy a hablar de la Reforma Agraria frente a las comunidades campesinas. La Ley establece que estas comunidades quedarán bajo la jurisdicción del Instituto de Reforma Agraria que las preferirá para la concesión del suelo y resolverá si el aprovechamiento de los bienes comunales debe ser agrícola, forestal o mixto. También dicho Instituto fomentará en el seno de las comunidades de campesinos la creación de cooperativas para realizar—según dice textualmente la Base 17 de la Ley— los siguientes fines: Adquisición de maquinaria y útiles de labranza; abonos, semillas y productos antieriptográficos e insecticidas; alimentos para los colonos y el ganado; conservación y venta de productos, tanto de los que pasan directamente al consumidor como de los que necesitan previa elaboración; la obtención de créditos con la garantía solidaria de los asociados y, en general, todas las operaciones que puedan mejorar en calidad o en cantidad la producción animal o vegetal». La Reforma Agraria española no sólo ha puesto los ojos en la tierra, sino también en los hombres que la habitan;

así trata de difundir las prácticas de la cooperación y los conocimientos necesarios para el mejor aprovechamiento del suelo, estableciendo la enseñanza técnicoagrícola y creando Escuelas profesionales, Laboratorios, Granjas experimentales y cooperativas campesinas.

Las comunidades no están obligadas a seguir un método predefinido para el trabajo de la tierra; sino que tienen libertad para acordar por mayoría de votos, la forma individual o colectiva de su explotación. «En el primer caso—aclara la Ley—procederán a su parcelación y distribución, teniendo presente la clase de terreno, la capacidad de las familias campesinas y las demás condiciones que contribuyan a mantener la igualdad económica de los asociados. Estas parcelas serán consideradas como fundos individuales e inacumulables, deslindándose en forma que constituyan verdaderas unidades agrarias». Los nuevos cultivadores están amparados por el Banco Nacional de Crédito Agrícola que impulsa la acción de las Cajas Rurales existentes, estimula la cooperación y facilita los medios necesarios para la adquisición de semillas, instrumentos agrícolas, maquinarias para la industrialización de los cultivos y todo cuanto se relacione con la explotación individual y colectiva del suelo. Ya, en estos mismos días, se está ejecutando la ley agraria en la provincia de Badajoz, donde se ha asentado a algunas comunidades y a numerosos «parados» de Montijo y Talavera la Real.

La Reforma agraria ecuatoriana—si algún día nuestro pueblo se resuelve a llevarla a cabo—tendrá que seguir sin duda una política paralela en lo que se refiere a las comunidades indígenas. Las comunidades agrarias en el Ecuador son las más viejas instituciones del país—ya que son anteriores a los

incas—, sin que los años, ni las conquistas, ni ese impetuoso torrente de la legislación moderna hayan logrado modificar en nada su fisonomía peculiar. Tenemos el hecho verdaderamente asombroso de un pueblo vencido, conservando casi íntegramente su estructura social, sus normas de vida y sus costumbres, al margen del nuevo Estado constituido por los vencedores. La raza española no ha sido capaz de asimilar al pueblo conquistado, de incorporarlo a su destino, tratando de comprender sus artes, su religión, sus industrias singulares y fundirlas luego con las suyas propias. Así—por medio de la fusión inteligente—se creó la cultura grecolatina y así pudo haberse creado la «cultura indo-hispánica», que no existe hasta hoy, a pesar del uso inmoderado que se viene haciendo de esta expresión. El trabajo del hueso y de la piedra, la metalurgia, la fabricación de tinturas y su fijación en la tela, la industria de la cuerda, la alfarería, alcanzaron un nivel muy alto en tiempos de los indios; pero la llegada de los blancos fue como la invasión de los bárbaros para esa cultura naciente. Sobre todo, la agricultura recibió un gran perjuicio. Los recién llegados eran gente de pluma en el sombrero, de jubón acuchillado y de manos deseosas de contar y guardar doblones y su noble condición no les permitía mezclar su sudor con los jugos de la tierra, en los menesteres esforzados del laboreo agrícola. Los indios sí estaban hechos para entenderse con la tierra áspera. «Uno de los grandes méritos de los incas es el de haber hecho del trabajo del suelo un verdadero placer», dice un historiador. En efecto, la faena agrícola era una fiesta casi religiosa, con su aditamento de canto y algunas ceremonias sencillas. Hasta el Inca en persona trabajaba en el campo de Kolkampata consagrado al sol. El Profesor Louis Baudin, en un mag-

nífico libro (1) nos recuerda que «en el calendario peruano muchos períodos de tiempo llevaban nombres que son alusiones a los trabajos agrícolas» y que «cuando un indio moría se dejaba cerca de él un saquito con granos para que sembrara su campo en el otro mundo». Y un comentarista nuevo agrega: «Lo que los indios aman sobre todas las cosas es la tierra». Sólo este amor podía haber hecho nacer en América una de las grandes civilizaciones agrícolas que se conocen y proporcionar los medios necesarios para la vida a un pueblo numeroso, colocado sobre un suelo hostil y pobre.

Las comunidades indígenas cubrieron la meseta de canales de irrigación—Baudin dice que había algunos cuya longitud excedía a cien kilómetros y que estaban cavados en la roca o franqueaban los valles sobre acueductos de 15 a 20 metros de ancho—, sembraron hasta en las faldas de los volcanes, construyeron grandes terraplenes, nivelando el suelo, escalonando los sembrados de quinua, de mellocos, de patatas, de ocas, de maíz. No desconocieron los abonos animales, usando frecuentemente los excrementos del ganado, el guano o los pescados de los ríos. El trabajo del subsuelo se hacía colectivamente o sea por *mingas*. Los españoles terminaron con todo esto, pues al llegar, lo primero que hicieron fue despojar de sus tierras a buen número de comunidades y reducir a la servidumbre a sus componentes. Descuidaron la agricultura y se dedicaron a comerciar y a explotar las minas que satisfacían más prontamente su sed de riquezas. Los canales, abandonados, se fueron destruyendo con la acción del tiempo. Donde había antes sembrados, creció la maleza. Los rebaños de alpacas, llamas y

(1) «L' Empire Socialiste des Inka»—Ediciones de la Universidad de París.



vicuñas, desaparecieron poco a poco. Las rutas y las calzadas se olvidaron. La tierra, sin riego y sin labranza, fué convirtiéndose en monte inculto, de propiedad de cuatro señorones, por arte de las *encomiendas*, de donde han nacido los actuales latifundios. Los latifundistas de hoy no han sido capaces siquiera de implantar el arado mecánico y los aparatos modernos en sus haciendas. Los métodos de cultivo del suelo son hasta la fecha los enseñados por los indios. El indio sabe cuando va a llover y cuando va a hacer buen tiempo, todo al ojo. El indica cuando se debe sembrar y cuando se debe cosechar y posee un sinnúmero de conocimientos agrícolas. Sin embargo, no se estima en nada el trabajo de este siervo del campo, y al contrario se le cree obligado a prestar sus servicios de manera poco menos que gratuita. Hasta por un sentimiento de propia dignidad, debemos hacer cesar en nuestro país este estado de servidumbre.

Tratemos de iniciar una nueva política agraria, protegiendo a las comunidades indígenas y fomentando las *mingas*, las faenas colectivas, los *elementos ancestrales* de nuestro pueblo. Las comunidades de indios—auténticas células sociales—pueden servir de fundamento para un sistema colectivista. Claro que esta política debe ir unida a una revisión de la propiedad de la tierra, bajo una norma de justicia social que se acomode al espíritu de la raza indígena. El indio no trabaja bien dentro del sistema individualista que nos rige, pues está hecho para la cooperación, para la vida colectiva, es decir para el socialismo. Es verdad que la ejecución de una reforma agraria entre nosotros, reclamaría la inversión de crecidas sumas; pero no hay sino que echar una mirada en torno—sobre todo en el campo presupes-

tario—para saber de dónde las podríamos sacar. Y aquí quiero citarle un fragmento de diálogo que se inserta en ese viejo libro de honda sabiduría que se llama «LAS ANALECTAS»:

«Confucio dijo: El buen gobierno consiste en proveer a los súbditos de lo suficiente para comer, en tener bastantes soldados para guardar el Estado y en saber ganar la confianza del pueblo.

—¿Y si una de estas cosas debiera sacrificarse, cuál sería? preguntó el discípulo Tsu-Kung.

El maestro replicó:—«Los soldados».

12837

860-4(866)Carrera

C314h Carrera Andrade, Jorge

Cartas de un emigrado / Jorge Carrera

. -- Quito, Ecuador : Tip. Fernández, 1933.
65 p.

1. LUIS VASQUEZ CUATRO VIANOS J. T.

8000-'92

V. 72-'92



INTERMEDIO

HOMBRES EN MARCHA

HOMBRES EN MARCHA

Capítulo de una novela inédita

—El alumno Gómez! gritó la maestra. Dígame a qué región pertenece nuestro pueblecito.

Abelardo del Carmen Gómez, el hijo del mayor-domo, miró hacia el techo, se rascó la cabeza y dijo:

—A la región interandina o Sierra.

—¿Puede usted decirme por qué se le ha denominado Región Interandina o Sierra?

—Porque está situada entre las dos cordilleras de los Andes.

Mateo y Javier hacían un ruido insoportable con los bancos. La ventaná abierta dejaba entrar un coloquio de palomas y una ancha franja de sol que pintaba el suelo de amarillo, nimbaba la mesa de la maestra y hacía reverberar el pizarrón lustroso como un espejo.

Isidro le puso en la boca a Javier su mano manchada de tierra. Había que ser más educado y estar más quieto en la clase, como lo decía todos los domingos el señor cura. Ya les arreglaría las cuentas a los traviesos a la salida. Mateo se rió, guiñando los ojillos lagañosos.

Un golpe sobre la mesa restauró el orden. La maestra comenzó a moverse colérica en la franja de sol.

—Hagan silencio. Gómez nos va a decir los nombres de otras regiones en que se divide nuestro territorio.

—La región costeña o litoral y la región oriental, atravesada por el río Amazonas.

—Bien. Ahora díganos el nombre del país constituido por esas tres regiones.

—Ecuador! contestamos todos en coro.

La maestra se puso a reflexionar, mordiendo con sus dienteillos el extremo de la regla. Isidro la miraba extasiado. Juan Hacha me sopló al oído: Debe ser muy bueno saber como la señorita Lucinda que es una sabia. No sé por qué no la quieren en el pueblo. Sólo el mayordomo de Sullacta parece que sabe más que ella, pues la señorita le obedece en todo y le sigue por todas partes. El viernes estaban juntos. Parecía que buscaban algo entre las hierbas crecidas. ¿Por qué será buena suerte encontrar un trébol de cuatro hojas? No es gracia que el Abelardo del Carmen sea el primero de la clase.

La maestra miró por la ventana. La tapia vecina convertida en palomar, con sus hileras de huecos simétricos le recordaba sin saber por qué los apartados de Correos de la ciudad. La divertía el corral de las gallinas. De verdad, parecían «vestidas de remiendos» como en la linda adivinanza del Cura. Los sembrados se extendían más allá y cerraba el horizonte la hacienda de Los Chillos, famosa por sus labores de telar desde la época de la Colonia Súbitamente le vino a la memoria lo que quería decir.

—Hemos visto ya en días pasados algo de geografía referente al lugar natal. Ahora quiero que

veamos algo de Historia; pero también de historia lugareña. Este valle de Los Chillos que se ve tan limpiamente desde nuestra clase, fué la cuna de la Independencia del Ecuador. Aquí poseían sus haciendas algunos nobles criollos de la época colonial y aquí nació la idea de levantarse contra el Gobierno de la Real Audiencia de Quito. El marqués de Selva Alegre tenía un obraje en el mismo lugar donde se encuentra hoy día la Fábrica de Tejidos, y allí se reunieron los primeros conspiradores para darnos una patria libre. Presbíteros, doctores y hacendados acudían por la noche a esas reuniones revolucionarias, poblando de leyendas estos sencillos lugares. Al fin triunfó la conspiración el 10 de agosto de 1809, sucumbió al año siguiente en las prisiones y se levantó por último gloriosa con el auxilio de la espada de Bolívar y del general Sucre, los dos grandes héroes de la emancipación americana. Debemos venerar los nombres de nuestros próceres que aquí mismo, en este valle, se desvelaron por hacernos libres y dignos. Ellos rompieron las cadenas de la servidumbre de nuestro pueblo, nos hicieron hombres iguales a los otros hombres, acabaron con la injusticia y transformaron nuestra esclavitud en libertad.....

Ladridos lejanos golpearon la vidriera de la clase como p dradas.

* * *

Cerca del mediodía salimos corriendo hacia el campo. Caminaban a mi lado Abelardo del Carmen, que se había hecho mi amigo por la hazaña

aquella de haber atravesado solo a las tres de la mañana el Ejido del pueblo, y Juan Hacha.

Casitas miserables con sus cuatro varas de sementera, estaban desparramadas por el campo.

El Juan se lamentaba:

—Ya no podré venir más a la escuela porque el patrón quiere que trabaje las mañanas en hacer adobes. Mi madre está muy mala desde que la maltrató el patrón. Adobes para construir una media-gua. Nosotros no comemos todos los días sino un puñado de maíz. Nunca está contento el patrón, a pesar de que todos trabajamos en la hacienda como animales.

Pasaban de vez en cuando indios con una inmensa carga de leña a la espalda, como verdaderas montañas ambulantes. Las venas hinchadas de sus piernas eran como gruesas raíces. Y marchaban ligeros y ágiles dejando sobre el polvo del camino la huella de sus toscas sandalias.

El Juan prosiguió casi llorando:

—Es muy triste no poder volver a escuchar esas historias que cuenta la señorita Lucinda.

La plaza del pueblo resonaba como un tambor bajo las pisadas de un caballo. La cantina de Bernabé s) había quedado sin nadie, y a su puerta vociferaba Don Nicanor, el dueño de la hacienda «San Rafael», montado en su rosillo. En cada vuelta le relumbraban las espuelas de plata y temblaba el ala de su anejo sombrero. Al otro lado de la plaza, un grupo de mujeres indias, cargadas de legumbres y cubiertas con sus rebozos de colores, se arrastraba entre lamentos, tratando de escapar a lo largo de las tapias de la iglesia. Don Nicanor, enloquecido por el aguardiente, a cada nuevo vasito de licor, echaba su caballo sobre el grupo indefenso y golpeaba a derecha e izquierda con su látigo de nervio de toro.

—Indias verdugas! gritaba. ¡Tomen! Para que aprendan a trabajar y no a divertirse con los mozos.

Cada golpe rubricaba con sangre la servidumbre agraria.

Don Nicanor León era uno de los señores del suelo. Nieto de uno de los próceres de la independencia, del cual había heredado tierras, indios y animales, era venerado por los vecinos del lugar. Había hecho la donación de una pila bautismal a la iglesia del pueblo, por lo que el Cura lo citaba como un ejemplo de virtudes cristianas. Siendo diputado por su provincia, había pronunciado un discurso magnífico sobre los bienes de la democracia, con el aplauso de los círculos intelectuales del país.

Dos jornaleros de Sullacta trataron de calmarle agarrándole de las piernas; pero el jinete los abatió a latigazos. Hizo caracolear un minuto su caballo, y lo lanzó como un rayo hacia la cantina de Bernabó, donde penetró con un estruendo de vidrieras fracasadas. Luego se puso a derribar las botellas de los estantes a tiros de revólver.

—Es el prócer, le dije a Juan Hacha.

Me vinieron estrañamente a la memoria las palabras de la maestra: «Ellos rompieron las cadenas de la servidumbre de nuestro pueblo, nos hicieron hombres iguales a los otros hombres, acabaron con la injusticia y transformaron la esclavitud en libertad».

* * *

La garúa atravesaba seres y cosas con sus buidas agujas. En los sembrados, las legumbres se adornaban con gargantillas cristalinas y los terrones salían navegando por improvisadas redes fluviales.

Se repetía la historia del diluvio para el mundo insectil y yo me divertía viendo el asalto y la destrucción de los pequeños seres por el agua invasora. A veces, un grupo de hormigas rojas tenía la fortuna de arribar a un cono de tierra y se quedaba colgando en la punta como una guirnalda palpitante. El terrón vivía un segundo su vida de minúscula montaña y se desplomaba luego en el remolino.

El campo estaba como paralizado en la eternidad. No había otro ruido que el de algunas gotas de agua que se ensartaban como cuentas de vidrio en las pajas de la techumbre, se desprendían gordas y lucientes y golpeaban el suelo sin prisa. Todo parecía estar allí desde hace muchos siglos. Hacia el lado del cerro se oía entre la garúa una flautilla de caña: Turututú, Turututú.

Una voz familiar resonó a mi espalda:

—Qué haces ahí, Bastián?

El Antonio me miraba cariñosamente, mientras retorció con fuerza una punta del poncho. Me incorporé con el aire de una persona mayor.

—Jugando con el agua, le dije.

El Antonio me hizo entrar en la choza, tirándome de una oreja.

—Tenemos que estar en el cerro a la noche, Francisca.

—¿Hay algo de nuevo? preguntó mi madre.

—Los comuneros de Ilaló han venido esta madrugada a Sullacta. El patrón de «La Cocha» quiere adueñarse de las tierras de la comunidad y ha comenzado ya sus obras de linderación en el cerro.

Mi madre colocó una vasija de barro en la lumbre.

—Ese patrón parece ser un hombre sin entrañas.

El Antonio se sentó lentamente sobre la piedra de moler.

—Yo también tengo mi parte en Ilaló. Primero estuvimos en un pleito por aguas con el patrón; pero como él es abogado, nosotros perdimos. Después le mandamos al Manuel con el ruego de que se nos dejara en nuestra finca pagándole arriendo; pero el patrón no quiso ni oírle.

—¿Dónde irán si les quitan sus tierras?

—Los comuneros somos muchos y no nos podrán desalojar del cerro.

La puerta abierta hacia el campo parecía un cuadrilátero de ceniza. La flautilla seguía a lo lejos entre la garúa: Turututú, Turututú.

—Esa es la señal, prosiguió el Antonio. Otra está sonando en San Rafael y otra en los anejos del río San Pedro. Puede ser que esta noche contemos con todos los peones de las haciendas.

Mi madre dijo:

—¿Le has hablado al Isidro Condorazo? Tiene mucho mando sobre la peonada del Tingo. He oído decir que todos le respetan porque es valiente y tiene compadres abogados en la ciudad.

—La verdad es que tiene una fuerza de toro. Pero no anda nunca adulando a los patrones y él tiene compadres de influencia es porque la Tránsito, su mujer, les gana la voluntad regalándoles conejos y gallinas. El Isidro voltea una res cogiéndola por los cuernos. ¡Si le vieras nadar en el río! Además nadie le ha ganado hasta ahora a la pelota de guante.

—Sería bueno mandarle un recado con el Bautián.

—No hay para qué. Al mediodía le encontré cerca de la zanja grande que están abriendo en San

Rafael, y me dijo que vendría con sus peones. Creo que no tardará en llegar.

Capitán olfateó el aire y corrió ladrando hacia la puerta. El Isidro Condorazo apareció en la cortina transparente de la llovizna. El calzón de liencillo, arremangado sobre los muslos, dejaba ver sus fuertes piernas que parecían untadas de luz. Incliné la cabeza para no golpearse con el dintel y su sombrero redondo y duro chorreó largamente como un cántaro.

—Alabado sea Dios, saludó al entrar.

—Por siempre, le contestamos.

Avanzó hasta cerca de la lumbre y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Luego se quedó inmóvil y mudo. Cubierto con su poncho endurecido por el aguacero, parecía un peñasco rugoso, surcado por ríos de agua negra.

Mi madre le extendió un cuenco de maíz tostado.

—¿Estará lloviendo mucho por el lado del Tingo?

—Sí, comadre Francisca.

—Y estará muy crecido el río San Pedro con este aguaje?

—Sí, comadre Francisca.

—Cuando se pone a llover ya no escampa por nada de este mundo.

—Así es, comadrita.

El Isidro tomaba los granos de maíz en la palma de la mano y los lanzaba con suma destreza hasta la boca, poniéndose a masticar con un ruido monótono. Las sienes se le hinchaban sobre la frente ancha y las mandíbulas se marcaban reciamente bajo la piel al ritmo de la merienda. La lumbre le prendía lucecitas en los labios gruesos y en los ojos.

El Antonio le preguntó:

—¿Están listos allá abajo?

La cara del Isidro se iluminó con un resplandor feliz.

—Trescientos peones están subiendo ahora mismo a Ilaló. Los acompañan los Timbiurcos, los Chilimbos, los Nargaches. Gente del páramo acostumbrada a vivir en las alturas.

—¿Y el patrón?

—Ha bajado al pueblo; y la telefonista me ha contado que le ha oído hablar con los del Gobierno pidiéndoles ayuda y protección para la «propiedad amenazada».

—Pero si es nuestra propiedad!

—El patrón dice que es suya la tierra hasta donde están los linderos y que la defenderá contra los indios ociosos y borrachos que le quieren robar al amparo de cuatro abogados de mala fe.

—El patrón miente. Esa es la tierra de nuestros padres, dijo con sencillez el Antonio.

—Yo he oído decir, desde el tiempo de mis abuelos, que Ilaló era de la comunidad. Siempre se han respetado sus ganados y sus sementeras. La tierra está dando ahora lindos papales y por eso la quiere el patrón.

Algarabía de risas y de voces se oyó por el camino y, a pesar de los ladridos del perro, un grupo de indios invadió el corredor entre un revuelo de ponchos colorados y rebozos verdes.

—¡Condorazo! ¡Antonio! gritaron desde afuera. El Isidro se puso de pie.

—La Tránsito, mis hijos y los peones de San Pedro de Taboada!

Salimos a abrazar a los recién llegados. La noche amontonaba sus grandes bloques de sombra sobre los campos. A lo lejos, la flautilla de caña seguía sonando como un lamento de la tierra nuestra,

castigada por las lluvias incesantes, talada por los vientos y saqueada por los gamonales criollos.

* * *

Ya bien entrada la noche nos dirigimos al cerro. El camino era un río de fango. Alrededor de nosotros, los ladridos de los perros resonaban pávidamente y la niebla empezaba a levantarse como un fantasma. Mi madre caminaba entre la Tránsito y el Antonio. El Isidro Condorazo venía un poco más atrás, al extremo de un grupo del que sólo se veían los sombreros redondos y los ponchos de colores. Yo abría el camino, arrojando piedras a los canes hostiles.

Hacia el lado de Ilaló, parpadeaban algunas lucécitas tímidamente y se escondían por momentos ante el doble asalto de la niebla y de la noche. Las chozas indias parecían salirnos al encuentro, sombrías y como deshabitadas, con su corredor abierto al viandante y su puerta defendida por un sencillo cordel que ataba las argollas. En algún poyo chisporroteaban todavía carbones encendidos en el fogón abandonado.

La niebla lechosa se agitaba continuamente y cuajaba en líneas, esbozos y formas. Diríase que en el fondo de ese caos blanquecino se elaboraba un mundo que iba apareciendo gradualmente y por fragmentos: troncos mojados y lucientes, pedazos de cerca, las ancas y las patas traseras de un caballo, un trozo de sementera, la cruz de una techumbre como suspendida en el espacio.

La primera fogata abría un ancho boquerón en la niebla y dejaba al descubierto un grupo de hom-

bres, mujeres, niños y acémilas. Hervía el agua en una vasija de barro sobre la leña encendida, y se conversaba a gritos. Desde allí trepaba una larga fila de luces hasta la cima del cerro.

—Ya han arracado las estacas que había hecho poner aquí el patrón, dijo contento el Isidro.

El Antonio examinó el suelo en la oscuridad:

—Sí; no hay ni rastro de los linderos.

A través de las sementeras, fuimos encontrando más fogatas, próximas una de otra y rodeadas de multitud de campesinos. Hallamos por todas partes los cercos de alambre destrozados y arrancadas las estacas y señales que aprisionaban la tierra de la comunidad. Después de mucho andar, nos gritó el Antonio lleno de alegría:

—¡Aquí están los de Sullacta!

Nos recibieron con abrazos fraternales y nos hicieron sitio junto al fuego. Todos, estaban allí. El Mateo y el Javier reñían como en la escuela. La Tomasa, el José Guallamín y la Trinidad hablaban animadamente. La Concha daba el pecho a un recién nacido y vino a sentarse junto a mi madre. El viejo Martín Chango estaba tumbado en el suelo al lado de otros que parecían dormir, pero que tenían los ojos abiertos y llenos de una lívida luz. En el límite de la claridad que arrojaba la leña ardiente, se veía una tapia en construcción, rematada todavía en uno de sus extremos por la armadura de madera llena de tierra apisonada. Cinco sombras la derribaban a barretazos.

El Juan Hacha vino corriendo a mi lado:

—El Abelardo del Carmen no ha venido, me so-
pló en la oreja.

—Talvez se iría a la ciudad.

castigada por las lluvias incesantes, talada por los vientos y saqueada por los gamonales criollos.

* * *

Ya bien entrada la noche nos dirigimos al cerro. El camino era un río de fango. Alrededor de nosotros, los ladridos de los perros resonaban pávidamente y la niebla empezaba a levantarse como un fantasma. Mi madre caminaba entre la Tránsito y el Antonio. El Isidro Condorazo venía un poco más atrás, al extremo de un grupo del que sólo se veían los sombreros redondos y los ponchos de colores. Yo abría el camino, arrojando piedras a los canes hostiles.

Hacia el lado de Ialó, parpadeaban algunas lucecitas tímidamente y se escondían por momentos ante el doble asalto de la niebla y de la noche. Las chozas indias parecían salirnos al encuentro, sombrías y como deshabitadas, con su corredor abierto al viandante y su puerta defendida por un sencillo cordel que ataba las argollas. En algún poyo chisporroteaban todavía carbones encendidos en el fogón abandonado.

La niebla lechosa se agitaba continuamente y cuajaba en líneas, esbozos y formas. Diríase que en el fondo de ese caos blanquecino se elaboraba un mundo que iba apareciendo gradualmente y por fragmentos: troncos mojados y lucientes, pedazos de cerca, las ancas y las patas traseras de un caballo, un trozo de sementera, la cruz de una techumbre como suspendida en el espacio.

La primera fogata abría un ancho boquerón en la niebla y dejaba al descubierto un grupo de hom-

bros, mujeres, niños y acémilas. Hervía el agua en una vasija de barro sobre la leña encendida, y se conversaba a gritos. Desde allí trepaba una larga fila de luces hasta la cima del cerro.

—Ya han arracado las estacas que había hecho poner aquí el patrón, dijo contento el Isidro.

El Antonio examinó el suelo en la oscuridad:

—Sí; no hay ni rastro de los linderos.

A través de las sementeras, fuimos encontrando más fogatas, próximas una de otra y rodeadas de multitud de campesinos. Hallamos por todas partes los cercos de alambre destrozados y arrancadas las estacas y señales que aprisionaban la tierra de la comunidad. Después de mucho andar, nos gritó el Antonio lleno de alegría:

—¡Aquí están los de Sullacta!

Nos recibieron con abrazos fraternales y nos hicieron sitio junto al fuego. Todos, estaban allí. El Mateo y el Javier reñían como en la escuela. La Tomasa, el José Guallamín y la Trinidad hablaban animadamente. La Concha daba el pecho a un recién nacido y vino a sentarse junto a mi madre. El viejo Martín Chango estaba tumbado en el suelo al lado de otros que parecían dormir, pero que tenían los ojos abiertos y llenos de una lívida luz. En el límite de la claridad que arrojaba la leña ardiente, se veía una tapia en construcción, rematada todavía en uno de sus extremos por la armadura de madera llena de tierra apisonada. Cinco sombras la derribaban a barretazos.

El Juan Hacha vino corriendo a mi lado:

—El Abelardo del Carmen no ha venido, me so-
pló en la oreja.

—Talvez se iría a la ciudad.

—Le he visto en la hacienda y me ha dicho que él está con los patrones. La señorita Lucinda le ha hecho prometer que no vendrá al cerro.

Pronto corrió de boca en boca una noticia inquietante: Dos camiones repletos de soldados habían llegado al pueblo con la orden de echarnos a la fuerza de Ilaló.

—Yo tengo algunos conocidos en el regimiento N.º 3, dijo la Tránsito.

Uno de los que estaban tumbados en el suelo, interrumpió:

—¡Hay que dejarse de cosas! Los mejores son los del batallón «Carchi», porque esos se ponen siempre del lado del pueblo.

—Es que los soldados no mandan, sino los amos oficiales, concluyó amargamente el Antonio.

Pasamos el resto de la noche arrimados a los tizones. Con los primeros cantos de los gallos que se desplegaron en torno del cerro como una guerrilla, la multitud se incorporó sobre la tierra húmeda. La niebla había dejado ya la altura y se amontonaba en el valle, dándole el aspecto de una gran taza rebosante de leche azulada. Ilaló estaba estaba como recién pintado de colores frescos y relucientes.

—¡Cuántos somos! exclamó lleno de admiración el Condorazo.

La multitud se extendía por todos lados, coronando el cerro como una guirnalda multicolor. Olas de voces, gritos y cantos iban a morir en el horizonte. Se había levantado un gran viento que hacía flamear nuestros ponchos como banderas.

De pronto, a nuestra espalda, resonaron algunos disparos. Las matas se cubrieron súbitamente de resplandores y unas hilachas de humo flotaron en el aire. De todas las gargantas salió el mismo grito:

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Por las cuestas trepaban algunos hombres de armas, jadeantes y alegres. El sol reía en las viseras de sus quepis y en los cañones de sus fusiles. Medio ocultos entre los matorrales y las pencas, nos hicieron una descarga.

Un coro de lamentos y aullidos de terror se elevó de nuestra masa inerme. Luego sonó otra descarga, y otray otra. La multitud se rompió entonces en varias partes y se precipitó ciegamente cerro abajo.

El pánico apretaba nuestras gargantas y nos enredaba los pies. Ibamos dejando nuestros muertos, como manchas de color sobre la hierba.

Mi madre palideció de repente y se dobló sobre las rodillas. Corrimos angustiados a prestarla socorro, y el Isidro y la Tránsito la levantaron del suelo.

—Nos matan, dijo el Antonio llorando como un niño.

En la blancura de la camisa tosca, sobre el pecho de mi madre adorada, crecía, crecía una estrella de sangre.